

Y II. Que aun suponiendo en todo poeta, que merezca nombre de tal, esa divina inspiración, no podemos figurárnosle como puro instrumento pasivo de dicha inspiración, ni creer que no añade y pone además algo suyo, aunque no sea más que para adornar la expresión y forma de que reviste lo que divinamente le fué inspirado.

Ahora bien; yo recelo que, con esta añadidura, hasta el más egregio poeta puede echar á perder su inspiración divina y convertirla en diabólica, corrompiéndola. No hay peor corrupción que la de lo óptimo. ¿Dónde queda, pues, en la práctica, la utilidad de la poesía? Sólo persistiría la utilidad, presuponiendo una crítica infalible que distinguiese y separase en toda poesía el elemento divino del elemento humano: lo revelado por Dios de lo infundido en nuestra mente por el diablo, por nuestra soberbia, por nuestra lujuria ó por otras malas pasiones.

Después de haber funcionado esta crítica expurgadora, bien se podría formar la poesía canónica, como hay libros canónicos que componen las Sagradas Escrituras, y hacer de dichas poesías canónicas un apéndice importantísimo, nosotros á la Biblia, y los mahometanos al Corán, y al Talmud los israelitas.

Con esto habría utilidad archicompleta en la poesía; pero, ¡adiós, dulcísima libertad de pensar, de disparatar y de escribir en verso! En España habría Inquisición cristiana para la poesía, y en Marruecos Inquisición musulímica. ¿No es, pues, mejor que cada cual dispare á su antojo, lo mismo en verso que en prosa, y que sea libre aunque no sea útil? Yo entiendo que sí. No me cabe duda: mi amigo Campoamor se priva con gusto de la profunda satisfacción que le produciría el

que se declarase *ex cathedra* que tal dolora suya era el eco de un beso que Dios dió á su alma, con tal de no exponerse á nueva declaración, *ex cathedra* también, asegurando que otra de sus doloras era el eco de un beso del propio mengue. Y, sobre todo, si la dolora anatematizada le parecía más bonita (lo cual es probable) que la dolora canonizada. Esta última podría ser *honnête mais embêtante*, y la primera con sobra de sal y pimienta, como aquellos versos, más *placerados* que *dolorados*, que dicen:

«Es imposible, Victoria,  
Que haya un tormento  
Que me haga olvidar la gloria  
De este momento.»

## VIII

*La metafísica, lejos de morir decrepita, está en flor. (Pág 223.)*

Kant, no sé yo lo que quiso, ni sé si él lo sabía; pero según algunos, quiso rematar la metafísica, casi muerta ya por los tremendos golpes de los filósofos del siglo XVIII, y de David Hume singularmente. Fuerza es confesar que, si Kant quiso esto, hizo sin querer

lo contrario. Kant hizo que la metafísica se levantara con bríos tan poderosos y con vuelo tan alto, que era menester retroceder á los tiempos de Platón y de Aristóteles para contemplarla tan briosa y tan encumbrada. El escrupuloso escepticismo de Kant se convirtió en el más confiado dogmatismo.

Imaginemos la mente humana antes de toda percepción: la de un niño recién nacido ó la de un sordo y ciego de nacimiento. La mente estará como tabla rasa, limpia de toda idea ó imagen.

Luego que la mente empieza á percibir cosas, ya de las exteriores por los sentidos corporales, ya de lo interior por el sentido íntimo, las ideas empiezan á nacer y se llena de ellas la mente. Pero estas ideas, ¿son retratos fieles de las cosas en sí, ó son formadas, con ocasión de las cosas en sí, por obra de ciertas formas y energías que la mente posee y que se despiertan en ella al recibir las impresiones? Según Kant, todas las ideas están vaciadas en esas formas de nuestra mente. La mente pone el lugar en que las vemos, el tiempo en que se muestran, el enlace de unas en otras como efectos y causas, el orden en que están, lo que tienen de distinto y las determina y divide, y lo que tienen de idéntico, y las va coleccionando en grupos más ó menos grandes, hasta terminar en uno que abarca la totalidad de ellas, eliminando las diferencias y reduciendo á unidad el todo.

Resulta de aquí que cuanto se nos figura que es no sabemos en realidad si es. Es puro fenómeno. La cosa en sí sabe Dios lo que será, si hay cosa en sí para saberla, y si hay Dios para que la sepa.

Por lo pronto, todo es fantasmagoría, ó como sombras chinescas, y no se puede probar la realidad de

nada. El mundo, la humanidad y Dios mismo, serán acaso ilusión forjada por la mente. Todo es obra del sujeto y no del objeto, ya que todo objeto es creado por el sujeto, y creado á su modo, cuando el sujeto piensa en él. Y la que es más negra aún, es que el sujeto, que va pensando y creando, no está seguro de si él mismo existe y de si es una cosa en sí, ya que, cuando se piensa á sí propio, se pone como objeto, y sólo como tal se conoce; esto es, con aquellas formas y condiciones que él en él pone y que nadie sabe si estarán en él ó no estarán en él.

Después de llegar á este extremo de dudas, Fichte, Schelling y Hegel, se echaron sucesivamente á cavilar, y vinieron á parar, por sus pasos contados, y con pasmoso método dialéctico y esfuerzos mentales, en las más desaforadas afirmaciones.

Si el Yo, el sujeto que piensa, va poniendo sus propias formas y nociones en lo pensado, y presta el orden y la ley y la armonía que lo pensado no tiene ó no sabemos que tenga, el Yo es quien lo crea todo y quien todo lo fabrica y lo compone ó lo pone. Al ponerse á sí mismo, pone el mundo, pone á Dios, y no hay cosa que no ponga. El Yo es, pues, el Creador de todas las cosas: pero, en este punto de la meditación, debe sobrevenir la sospecha de que este Yo Creador, si por un lado es mi Yo, no es mi Yo por otro lado. Mi Yo no existía hace unos cuantos años, y, dentro de poco es casi seguro que dejará de existir; mientras que las cosas todas que el Yo crea existían antes de que yo existiese y seguirán existiendo después. Luego no es, mi Yo quien las crea: pero como las crea el Yo, vengo á afirmar y á negar á la vez lo mismo. No importa. Llamemos á esto una antinomia. Resolvámosla en una sin-

tesis. Afirmemos que el Yo Creador, absoluto, supremo, soy yo y no soy yo. Es el Yo que contiene, crea y produce todos los yoes y además cuanto á cada yo se contrapone, limitándole, á lo cual llamaremos *no yo*. A este Yo supremo, á este *sobre yo*, le daremos el nombre de Idea. Ella será todo y de ella nacerá todo. El sujeto y el objeto, la Idea y la Realidad, el pensamiento y lo pensado, serán idénticos. El proceso dialéctico del pensamiento, la evolución fecunda de la Idea, será la creación del Universo, la aparición de la conciencia, el desarrollo del espíritu, la simultanea coexistencia de los seres, la serie sucesiva de los casos, mudanzas, vidas y muertes.

No pretendo burlarme de la filosofía hegeliana ni aspiro tampoco á exponerla en cuatro frases. Sólo afirmo que, aun teniendo el sistema por monstruoso, es imposible no asombrarse de su magnificencia; porque, si el colosal monumento en que han trabajado sucesivamente, como un solo hombre, los cuatro grandes filósofos alemanes, puede haberse desbaratado y deshecho, de sus escombros, de la riqueza prodigiosa de pensamientos que entrelazados le formaban, salen, no sólo material, sino fuerza y vida para producir y animar nuevas doctrinas, y para prestar savia y poder á las ciencias de la naturaleza y del espíritu.

Entretanto, y después de cantar las alabanzas de Hegel, ¿cómo no negar su sistema? ¿Cómo declarar-nos hegelianos? A Hegel le ha sucedido lo que á Espinoza. Ambos quisieron construir la ciencia *a priori*, y, por prescindir de la experiencia, cayeron en el error. El método sintético con que ellos procedieron es excelente, pero es menester emplear antes el análisis para llegar á la síntesis. Luego que á la síntesis se llega, la

síntesis se desenvuelve y se aplica á la realidad, y cuantas son las cosas se comprenden y se explican, y tenemos la ciencia una y toda.

Nueva filosofía es ésta. Podemos presentar á Krause y á los neo-tomistas como á sus principales autores. En mi sentir, no cabe duda: si acertásemos á subir hasta la síntesis, por camino seguro y sin extravío, seríamos omniscios; bajaríamos desde la síntesis, con más luz de gloria que la que trajo Moisés de la cumbre del Sinaí, y daríamos leyes á la naturaleza como si la creásemos, y construiríamos la historia del humano linaje como si todos los héroes, mártires, sabios, profetas y hierofantes, bulleran en nuestro íntimo ser y de nosotros brotaran.

Lo árduo de la cuestión es llegar á la síntesis por medio de la inducción, observándolo, experimentándolo y analizándolo todo. Poco, poquísimo es lo que sabemos por observación y experiencia, y aun esta experiencia y esta observación son imposibles sin cierta lógica formal y real, que viene á ser metafísica previa. Por donde buscando la metafísica al fin, tenemos que poner la metafísica al principio.

Prescindamos, no obstante, de tamaña dificultad. Demos por tan segura, como lo son las matemáticas, la metafísica previa que nos sirve para conocer y comprender las cosas al observarlas, y siempre serán tan pocas las ya conocidas de este inmenso Universo visible y de cuanto hay en la no menor inmensidad del espíritu, que casi debemos desesperrar de llegarlas á conocer jamás por completo, hasta subir, por ellas y por grados, al origen y causa de todas. Acaso, como en otro lugar indicamos, suba el espíritu á esa causa primera, no por inducción y discurso, sino por fe, y por

rapto de amor y por gracia sobrenatural y milagrosa. Lo que es racional y naturalmente dudamos de que suba. La filosofía de Krause, por lo tanto, y cuantas se le asemejan, deben de ser también vano ensueño.

Disipado éste, ¿qué nos quedará? Una ciencia experimental, ó, mejor dicho, varias ciencias experimentales, que dan á conocer algo de lo somero de las cosas, y un fundamento de metafísica, la cual, más ó menos á sabiendas, nos ha valido para crear las ciencias, y que, reflexivamente meditada y construida, forma también doctrina aparte, como corona de las ciencias todas. Pero esta corona es como si estuviese en el vacío. Entre ella y la cabeza, ó lo más sublime de las ciencias experimentales, queda un abismo de distancia que nunca acaso se pueda llenar. Este abismo, esta solución de continuidad, se llena por ahora con la fe religiosa y con la imaginación poética. Allí,

como en sombrío matorral los hongos,

germinan y florecen todos los dogmas teológicos, todos los mitos y todas las creaciones fantásticas ó inseguras: ángeles, demonios, silfides, ondinas, salamandras, gnomos, apariciones espiritistas, y cuanto puede engendrarse en el país de las quimeras, donde todo es posible y donde lo posible es verosímil.

Tales son los límites, así de mi credulidad como de mi escepticismo. Ni afirmo, ni niego cuanto en este abismo inexplorado conciba la imaginación ó descubra y vea la fe. Pero así en los rudimentos de metafísica que yo coloco por cima, como en los datos de las ciencias experimentales que están por bajo, ni se me ocurre poner duda como Kant la pone, ni noto tampoco

la necesidad de probar, contra Kant, la certidumbre de todo ello: su objetividad: que es real y no soñado que vivo, duermo, como, me paseo, discurro mal ó bien, hablo, etc., etc. Todo esto lo sé superficialmente, pero lo sé, y hasta donde lo sé, lo sé como es y como lo sabe todo entendimiento. La certidumbre es inmediata, evidente: no necesita pruebas.

Al llegar aquí, y hablando sin rebozo, ya que este escrito tiene mucho de confesiones, el sentido vulgar que hay en mí se me rebela, desecha la admiración respetuosa que la filosofía me infunde, y casi hace de mí mente algo semejante á la del barbero napolitano de que he hablado. Tanto de Kant, que, en obra tan voluminosa como *La crítica de la razón pura*, me quiere hacer dudar de que haya Dios, de que haya mundo y hasta de que haya yo que dude, cuanto de Tiberghien, por ejemplo, en su *Teoría del conocimiento*, y de monseñor van Weddingen, en su *Objetividad del conocimiento*, los cuales tiran á probar, en obras no menos extensas, que el mundo que vemos es mundo real y que nosotros somos cosas en sí y no fantasmas, me entran ganas de decir lo que el rapista decía del Dante:

*Questi Signori non avvano niente da fare.*

Pronto, por dicha, viene la reacción, y vuelvo á sentir admiración y respeto por el ingenio, el saber y la fuerza de raciocinio, ora de Tiberghien y de Monseñor van Weddingen, porque prueban la legitimidad de nuestros medios de conocer, ora de Kant, porque, lejos de destruir la metafísica, la crea más pujante, y porque, contra la tendencia de las ciencias físicas, que, dislocando el centro del Universo, achican al hombre y e confinan en un rincón, vuelve á hacer del alma humana, queriendo ponerle límites, el centro y el foco

fecundo de todo. Si Copérnico, contemplando los astros, hizo *heliocéntrico* el mundo, Kant, profundizando en el espíritu, hizo *antropocéntrica* la Creación entera.

Y, sin embargo, á pesar de tanta admiración, no puedo ser kantiano, ni puedo creer en la utilidad, y menos aún, en la necesidad de que nadie me convenza de que vivo y de que soy *una cosa en mí*; y de que mis amigos y parientes, y los objetos que veo y toco, huelo ó gusto, son también *cosas en sí*, y de que hay mundo, y de que estoy en Madrid, capital de España, y de que escribo esto en el año 1890.

Por último, lo que más se me atraganta ó se me indigesta es la salida que tuvo Kant, después de dejarnos sin alma, sin mundo y sin Dios, y de compadecerse de su criado Lampe, á quien afligía la carencia de aquellas *cosas en sí*, de inventar otra razón, no pura, sino práctica, para devolvernos el alma y el Dios que nos había quitado, todo por obra y gracia del *imperativo categórico*. Por cierto que yo no niego la moral; pero hartó más categórica y más imperativa es la fuerza que me obliga á reconocer los axiomas y teoremas matemáticos, los primeros principios y hasta el testimonio de mis sentidos, y el consenso universal y otros criterios de verdad. Y si no basta todo esto para afirmar el mundo, y la humanidad, y mi propia persona y la causa primera, no comprendo por qué la ley moral ha de tener tal privilegio. Convertidos ya Dios, el mundo y todo en ilusión, en vanos ideales, la ley moral será vana creación ideal también, ella de por sí, y aun más vana por el objeto á que se aplique, ya que, no estando seguros de que haya mundo, ni prójimos, ni libertad, ni yo responsable, ni nada, lo mismo da robar, matar, adulterar y maldecir, que bendecir, acariciar,

favorecer y estimar á las visiones ó fantasmas de nuestra mente ó de lo que sea, pues de nuestra mente tampoco estamos seguros.

Es de notar además que, al inferir Kant de la ley moral la inmortalidad del alma y la existencia de Dios, supone una ley moral para base ó premisa, la cual no está desde hace tantos siglos ni tan universalmente grabada en las almas todas como lo están no pocas verdades y principios, de los cuales no quiere Kant deducir la existencia de Dios ni la inmortalidad del alma.

Es cierto que la moral privada, en la conciencia individual, sobre todo en tan noble é ilustrado espíritu como el de Kant, era ya en su tiempo más bella y reluciente que el firmamento lleno de estrellas; pero de la moral del vulgo, y aun de la moral social y política, ¿qué no se podía censurar en tiempo de Kant y qué no se puede censurar ahora? El espectáculo del Universo, como quiera que se entienda, aun del modo más incompleto é infantil, nos muestra más claramente, desde hace miles de años, la existencia del Creador, que toda la moral, ya tan adelantada en tiempo de Kant. No en tiempo de Kant, sino ya desde el tiempo de los primeros reyes de Israel, y no sólo para Kepler ó Galileo, sino para el ignorante beduino, llevan á las almas mayor convencimiento estas palabras, *Los cielos narran la gloria de Dios*, que una ley moral tan confusa y aun tan mal observada por desgracia. No hablemos de la ley moral de los salvajes, que se comen unos á otros, sino de la ley moral que, si no autoriza, no se opone, en tiempo de Kant, aun entre las naciones más cultas y más nobles, á la esclavitud de millones de seres humanos y á la trata de su carne; á la mutilación de no pocos para velar por la honra de los maridos,

para hacer gorgoritos en los teatros ó para cantar como serafines en las iglesias; á que sean considerados los que naturaleza hizo libres como patrimonio de alguien que los trueca, los vende, los cede ó los lega por herencia cual manada de ovejas; á la tortura, para averiguar los delitos; al terror y á la guillotina en Francia, y á la sincrónica duración en España de la Inquisición y de los autos de fe; al perpetuo vejamen de las naciones débiles por las fuertes; y, como consecuencia de las guerras sangrientas y asoladoras, que al cabo pueden cohonestarse, cuando no hay otro medio de que prevalezca la justicia ó de que triunfen las buenas ideas, al saqueo, más ó menos pulcro y atildado, de los vencidos, para que paguen con usura lo que ha costado vencerlos.

Algo de esto se ha remediado ya, algo se remediá, y algo tal vez sea irremediable. Yo no lo cito para desacreditar y vilipendiar á la sociedad de que formo parte. Lo cito como prueba de que la contemplación del mundo moral, y aun la de la ley que debe gobernarle y que suele ser impotente, son menos á propósito que la contemplación del mundo físico, hasta atribuyéndole cuantas son las enfermedades, pestes, hambres y miserias, para demostrar el orden y la hermosura de todo y la infinita bondad y la omnipotente sabiduría de quien lo ha creado.

En suma: cualquiera que sea el camino que se siga, siempre venimos á parar en que se sabe poco, pero no en que nada se sabe; y en que, para el recto juicio, si nos asomamos al borde del oscuro abismo que media entre nuestros conocimientos especulativos y nuestra ciencia experimental, tan absurdas son las afirmaciones como las negaciones.

Tan falso y declamatorio me parece el quejumbroso y doliente poeta de Recanati cuando asegura que *todo es arcano menos nuestro dolor*, como cuando deplora que todo se sepa; que no haya sitio inexplorado donde poner bellas ficciones; que naturaleza no pueda ya hablar sin quitarse el velo como hablaba á los antiguos poetas; que la ciencia haya achicado el mundo en vez de agrandarle; que la observación y los descubrimientos no hayan dejado ni un escondrijo pequeño donde poner el Paraíso; y que el indigno misterio de las cosas esté descubierto.

A mi ver, debe entenderse lo contrario. Se saben muchísimas cosas, de las cuales, á nadie que no sea filósofo, se le ocurre dudar seriamente; pero, entre estas cosas que se saben, hay como una hendidura tenebrosa que las separa, y sobre la cual nadie atina á echar puente sólido; hay un abismo que quiere é ignoro si podrá llenar la metafísica, y que, por lo pronto, se llena ó se encubre con las religiones, con la poesía, con las obras, no de una razón práctica distinta de la teórica, sino de la fe y del amor, y asimismo con divinas y consoladoras esperanzas. Entre ellas ha de contarse la de acabar de inventar una metafísica que llene dicho abismo, siendo tan hermosa que jamás nos haga echar de menos las fábulas, las leyendas y la floreciente poesía con que hasta hoy le tenemos tapado y disimulado.